

XXI.

El recuerdo de aquella noche cruel vino á mezclarse como una visión fúnebre á todos los pensamientos de la señora de Scudemor. Perseguida por el espectáculo de la desgracia bajo cuyo peso sucumbía Allán de Cynthry, registró en lo profundo de su alma si había algún otro sacrificio que hacer, para demostrar la piedad en nombre de la cual había obrado hasta entonces.

Lo que en aquella mujer había de admirable, lo que no se debilitaba en ella, lo que la sostenía, era la horrible esperanza de que la pasión del joven se extinguiera. En presencia de un amor que cualquiera otra mujer hubiera sentido orgullo en inspirar, ella no tenía un instante de turbación por aquella desoladora certeza.

El escepticismo de su ilusión no la había desengañado, y conservaba pura y profunda su fe en la nada. Atea tranquila, que confiaba en la muerte como el justo en las promesas de la

inmortalidad, y que esperaba con paciencia porque estaba convencida; pero que no se alababa de ello, porque el ateísmo es silencioso como el desprecio.

Pero el médico cree hacer más llevadero el sufrimiento del hombre atacado de una enfermedad incurable, esperando que caiga, pensando en su imaginación en la losa del sepulcro abierto, y este modo de obrar se llama caridad humana. ¡Pues qué!; si el dolor es más fuerte que la vana ciencia, ¿qué otra cosa queda por hacer sino es precipitar violentamente á la tumba el ser que fué creado para morir?... Pero cuando esta consecuencia terrible, ante la cual han retrocedido los hombres, más cobardes que sus doctrinas; cuando este recurso supremo falta también, ¡cosa lúgubre y espantosa!, la piedad humana oculta su cabeza, esperando en un silencio mudo que no haya más que un cadáver para levantarle de nuevo.

Esto es lo que Iseult había hecho con la pasión de Allán. Pero la pasión no había disminuído antes de morir. Velaba siempre más y más cruel. ¿Prolongaría su existencia largo tiempo acaso? ¿Resistiría muchos días la agnía fatal? La Condesa se había puesto á esperar, encadenada cerca del enfermo, dándole su mano, su boca, su seno, cuando los quería; venenos todos, pero demasiado lentos para el

grado á que llegaba su valerosa compasión.

El sufrimiento había llegado á ser tan atroz, la última noche que hemos referido había sido de un horror tan nuevo, que su piedad, que se hallaba reducida á la inercia, se rehizo, y quiso hacer alguna cosa nueva.

—Tal vez (se dijo) no haya ido bastante lejos todavía. He desechado todos los motivos de vanidad, he dominado todas las repugnancias de una delicadeza vulgar, y pisoteado todas las apariencias de virtud; pero ¿no queda todavía mucho que sacrificar? La negativa que tanto le atormenta, ¿no es efecto del orgullo que se interpone entre Allán y yo?

Y con esta idea se propuso doblegar en su alma el orgullo que vive en las heridas. ¡Ay! Esta apostasía de una veracidad á la que nunca había faltado, esta decisión á llegar á la bajeza, no eran negocio de un día. Era necesario intentarlo muchas veces para conseguir llevar á cabo esa degradación de sí misma á sus propios ojos.

Sea efecto de los combates que tenía que sostener con el orgullo, sea un principio del ensayo que quería intentar, cambió súbitamente de maneras, y Allán no tardó en advertirlo. La calma infinita de su persona, tan grande que parecía difundirse á su alrededor, y que infundía algunas veces á Allán un frío repen-

tino, se alteró algún tanto. Cuando el joven le hablaba de su amor infatigable, le escuchaba con una expresión que jamás la había visto, y, por otra parte, se abandonaba menos que antes á aquellas largas conversaciones á solas.

El joven se admiró de aquel cambio en una mujer de una conducta tan sencilla y tan fría: lo que había sentido hasta entonces, le había hecho el más desgraciado de los hombres; pero al menos le quitaba todas las ansiedades del porvenir.

Si procuraba aventurar una pregunta, con una sola palabra, ó guardando silencio, dejaba la cuestión reducida á la nada; de hermano á hermana, se hacen mil confidencias; de amante á amada, no se confía todo; pero en aquel caso no podía haber confianza, y Allán se reconocía sin derecho para exigir que sus secretos fueran comunes: no se sentía con derecho para decir á la señora de Scudemor, tíernameute ni con imperio: «¿Qué tienes?»

—Es una vileza en mí (se decía el joven, en los momentos en que la verdad se abría paso hasta su espíritu lleno de tinieblas), aceptar la vida que paso al lado de esta mujer, y la acepto menos que la sufro.... He mancillado las concepciones cándidas que tenía del amor, encerrándole en impúdicas caricias, y aunque las satisfacciones de mi brutal egoísmo hayan

sido impotentes para saciarme, no me ha sido posible repudiarlas....

Estas ideas, que no extinguían su pasión, le impedían entregarse con Iseult á esos abandonos inevitables cuando se habita juntos; además de que la frialdad de ésta había ya disminuído el número de ellos extraordinariamente. Hay días en que, á pesar de todo, se tiene precisión de abandonar el pensamiento oculto y triste del amor no compartido, para respirar con un poco más de desahogo.

Sin embargo, el joven se creía generoso para con Iseult, porque no la interrogaba nunca, ni solicitaba ya aquellas revelaciones tier-nas que pasan del corazón á los labios cuando se ama, eterna intuición de un amante en otro, que no enseña otra cosa que el deseo de aprender más todos los días.

Y él, que afectaba el aire de una suprema delicadeza; él, que á fuerza de vanidad se ilusionaba acerca de los motivos de su silencio, no tardó en conocer el momento en que la señora de Scudemor se le apareció bajo un aspecto tan nuevo. Una suposición cualquiera que le explicara aquel cambio, le hubiera aliviado; pero, ¿qué suponer que pudiera tener visos de probabilidad? Todo, menos que ella pudiera nunca llegar á amarle.

Descontento de sí mismo, y queriendo concluir con la curiosidad que tanto le atormentaba, le dijo un día, con una risa casi feroz y acento sombrío:

—Confesad, Iseult, que estáis ya cansada de mí, y que vuestra piedad empieza á encontrar demasiado pesada la carga.

—¿Me he quejado acaso alguna vez?— respondió, protestando contra la injusticia que el joven cometía con ella.

—Sí, porque no ser lo que erais equivale á quejarse (dijo Allán). Vos cambiáis, Iseult, y no tiene nada de extraño que la tristeza llegue á dominaros, si se os ha concluído el valor que ostentabais contra mi amor.

La Condesa no respondió; tenía el aspecto embarazado y los ojos bajos.

—Sí, teníais mucha razón, Iseult (prosiguió con sequedad); teníais mucha razón cuando me dijisteis que vuestra alma estaba muerta. La piedad de que no os pudisteis defender no ha sido más que una exaltación que ha durado muy poco, y que os ha impulsado á hacer sacrificios de los que ahora os arrepentís. Vamos, confesadlo. Decidme que os fastidió con mis transportes, mis penas y mis exigencias; decidme que he llegado á seros insoportable, y que acabaréis por aborrecerme, sin tardar mucho.

—No lo diré (respondió en voz muy baja), porque no es verdad.

Vencido por tanta dulzura, replicó con acento de súplica ardiente, con esa mirada elocuente llena de esperanza que precede á la idea «*al fin voy á saberlo todo.*»

—Y entonces, ¿qué es lo que tenéis, Iseult, para cambiar así?

—Allán (dijo dando un suspiro y después de una pausa); si yo me hubiese engañado á mí misma... si yo hubiese...

—¡Bien os lo decía yo, señora (interrumpió con una carcajada irónica), que os habíais equivocado! No habéis sabido ver que, entre mi amor y vuestra piedad, sería mi amor el que resistiera más. No habéis previsto la vida infernal que habéis aceptado, y que mi insensato amor recibió sin vacilar, como vos quisisteis que fuera, y con los ojos cerrados.

—No me habéis comprendido (replicó cada vez más conmovida). Si he dicho que me había engañado, quería hablar de un error diferente....

Y se detuvo como cortada.

—¡Oh! sí (continuó después de una pausa más larga que la primera): sí; conozco que me he engañado, y que la mujer no puede juzgarse á sí misma....

El joven no comprendía, y la contemplaba

con ansiedad. Parecía como suspendido de aquellos labios que vertían palabras tiernas, y casi armoniosas, sí, aunque todavía desprovistas de sentido propio. Esperaba que la luz se hiciera. La condesa había levantado su mirada penetrante hasta el rostro del joven, é instantáneamente la volvió á bajar llena de confusión. No era la mujer tranquila de frente tersa y de buena sonrisa. Á través de aquella calma se veía la turbación de la mujer que siente. Sobre su frente aparecían vagos pensamientos, y los labios modelaban una sonrisa melancólica. Cristo en el monte Thabor no se transfiguró de repente.

—Y yo menos que ninguna otra (continuó). ¿No he respondido de mí misma? ¿No he desafiado los peligros que no temía? Y sin embargo....

—¿Y sin embargo?...—interrumpió Allán con ardiente curiosidad, como si le hubiera deslumbrado el rincón de cielo apenas entrevisto.

—Y sin embargo (dijo ocultando la cara entre las manos), las mujeres no estamos libres de volver á amar....

Una nube veló los ojos del joven, que exclamó con voz débil:

—¡No os burléis de mí!... ¡Por piedad, no os burléis!... ¡Eso es imposible! ¡No os creol!...

Por toda respuesta, se pasó las manos por la cara. Estaba roja de confusión. Una lágrima de ternura ó de deseo le velaba los ojos, que mantenía siempre bajos; se levantó vacilante de su asiento, y fué á sentarse en las rodillas de su joven amante con una languidez casi enfermiza.

—¿Lo creéis ahora?—le dijo con voz dulce y trémula, hundiendo sus ojos en los del joven, con tanta dulzura en la mirada como en la voz.

Pero la mirada del joven seguía indicando sus dudas.

—¡Amarme vos! (replicó.) ¡Pero, ó yo estoy loco, ó lo estáis vos! ¡Amarme vos, después de haberme torturado tanto!

—¡Oh! Perdónamelo, Allán (murmuró). Perdóname si te he dicho la verdad; no creía posible que más tarde tuvieras la venganza en tu mano.

—¡Yo no quiero más que ser dichoso, Iseult!—exclamó con entusiasmo, arrastrado por la potencia de esta última palabra, é imprimiendo un beso en el seno de la señora Scudemor, que por la primera vez de su vida se mostró conmovida.

—Me has creído orgullosa, ¿no es verdad? (replicó con una sonrisa llena de delicias). Y era verdad; pero ahora quiero ser muy hu-

milde. Me creía inaccesible á los dolores que he experimentado otras veces, y me he negado á mí misma ese amor antes de confesártele á ti. Hace poco tiempo que le he descubierto en mi alma, y si tú, ingrato, sin saberlo, no hubieses calumniado una tristeza que tú causabas, tal vez no hubiera vendido mi secreto. Temía que no me creyeses. Aun cuando sé bien que te haría no dudar de mí. Pero esto no era seguro para mí. En fin, ya ves; no sé lo que quiero, ni lo que digo tampoco.

Y en su extravío le estrechaba entre sus brazos.

Allán tenía los ojos llenos de lágrimas. Abundante tesoro de la juventud, las vertía lo mismo en sus dolores que en sus alegrías. ¡Dichosa edad, en que tenemos lágrimas para todo, esas lágrimas que, al correr, impiden nos ahogarnos!

—Y qué, ¿lloras?—preguntó asustada.

—¡Oh! no tengas miedo. Es de lo feliz que me haces, y creo que moriría si no llorara.

—Pues bien: llora, y llora mucho, alma de mi vida, con tal que me dejes recoger tus lágrimas.

Y aproximaba su rostro al de Allán, recogiendo con sus labios cada una de sus ardientes lágrimas.

—Para que lleguen al corazón (añadió con

coquetería), es menester que tomen este camino.

Prodigóle todo lo que de más apasionado pudo imaginar, todas cuantas caricias deliciosas conocía, al extremo de que si Allán no la hubiera amado hasta entonces, forzoso hubiese sido quererla. Las mujeres saben muchas cosas irresistibles. No las escuchéis, si no deseáis sucumbir. Que amen, ó que finjan cariño, es preciso creerlas, es menester rendirse. Cuando un niño no quiere dormirse, le acunan una ó dos veces, y hacen que venga el sueño á sus ojos. Cuando un hombre les opone su virtud ó la entereza de su carácter, hacen con él lo mismo que con el niño. Es un sueño que estas hadas astutas velan con ojos burlones, pero que no dura un siglo, porque la perfidia, aun siendo bien profunda, se revela en un abrir y cerrar de ojos.

El lenguaje de la señora Scudemor participaba de esa terrible ciencia que poseen todas las mujeres, y de que se sirven cuando desean ser complacidas. ¡Artificio consumado, si era artificio! Ella no le decía una palabra que no fuera del más delicioso amor, mejor expresado que hubiera podido serlo diciéndole: *Te amo*, prueba en que vienen á estrellarse las imposturas, palabra rebelde que preciso se hace no pronunciar con imprudencia, y que, en una

base falsa, estalla, como una escopeta revienta entre las manos. Más seguras son las caricias y dan más confianza, con ese pudor que es un cálculo bajo una conmoción, astucia de que se echa mano cuando no hay amor y se quiere ocultar, embriagando al que al fin ha de ver lo que se desea permanezca desconocido.

—Ven al balcón (dijo Allán al cabo de un rato): ven al balcón, Iseult mía.

Su débil naturaleza se sofocaba al respirar el aliento de aquella mujer, y quería respirar aire puro.

Dirigiéronse al balcón con los brazos entrelazados.

Él, sentía necesidad de verla mejor en plena luz, de mejor gozar la desnudez de este amor, con sus mil emociones apenas entrevistas en la oscuridad de la habitación. Pero á la luz del día, el rubor había huído, y solo quedó el rostro pálido y tranquilo de la condesa, sin que ni aun sus ojos se mostraran más húmedos que de ordinario. Solamente en la sonrisa había quedado un poco de amor, bastante para producir el consuelo de que no se mostrara más que allí.

De pronto, como saliendo de la adoración en que estaba sumido:

—Iseult, dime que me amas, para convenirme de que no sueño,—murmuró.

—¿No lo sabes? (le respondió). ¿No es hoy el rescate de todos los tormentos que has sufrido, y el principio de una vida nueva para los dos?

—Sí; pero no es así como yo quiero que me lo digas. Dime solamente: «Yo te amo.»

—*Yo te amo*,—murmuró con voz tan tímida, que apenas se oía.

Allán clavó en ella una mirada penetrante como un dardo.

—*¡Yo te amo!*—repitió con insistencia.

Y su voz parecía un dulce murmullo, un suspiro, que apenas dejaba oír las tres palabras.

El joven tuvo una intuición formidable, segura como la vida, como el aire que se respira, y exclamó:

—¡Mentís!

Aquello fué horrible... la sublime mentira de aquella mujer no había producido más que una decepción para él y una injuria para ella, que dobló la cabeza anonadada.

—¡Es falso! ¡No me amáis!... (prosiguió él temblando y verde de cólera.) Pero ¿qué os he hecho yo, señora, para que me destrocéis el corazón con esos juegos crueles? Me habéis engañado, Iseult, y os habéis envilecido... ¡Habéis mentido!...

Y una rabia desenfadada se apoderó de él, empujándola contra la barandilla del balcón,

como si hubiera querido arrojarla por él. Si hubiese tenido un arma, indudablemente hubiera muerto á sus manos, pues su furor era terrible....: quería vengarse, y no podía; y en su impotencia, no encontró otro castigo más terrible, y la escupió en la cara.

—Es verdad (dijo ella levantando su noble frente, donde se ostentaba la saliva que no pensaba en limpiar); es verdad, he mentido, y me he envilecido.

«Si yo fuera una coqueta, una de esas mujeres vanas que hacen creer que viven porque saben sonreír, tal vez hubiera logrado engañaros mejor. Pero vuestro genio malo os ha hecho ver claro á través de todos mis artificios. ¡Yo mentía tan bien! ¡Yo fingía tan exactamente! ¡Á lo menos así lo veía en mis espantosos esfuerzos! No he tenido, al hallarme sobre vuestras rodillas, un gesto, un suspiro, que no fuera una atroz combinación. Desconfiaba tanto de mí misma, que calculaba todas mis caricias. Si bajaba los ojos, es porque llamaba sin resultado las lágrimas, y tenía cuidado de calentar mis labios en vuestro llanto para que no conociérais mi ficción. ¿Qué soy yo, por lo tanto, que no he conseguido lo que tantas veces logran la desvergüenza y la torpeza?»

Y su calma, que tanto dominaba al joven,

cayó sobre su cólera como un pedazo de hielo en un corazón dilatado por un aneurisma.

—Me habéis insultado otra vez, y de una manera más sangrienta todavía (continuó con un acento de profunda tristeza). Este es el fruto que he recogido por haberme doblegado hasta la bajeza de fingir. Y no es esto lo que me humilla ni lo que me causa el mayor sentimiento: lo que yo siento es la impotencia que encuentro en mí, y la esterilidad de mi último sacrificio.

Y aquella última agonía, aceptada sin horror ni disgusto, la hacía más grande de lo que nunca pareció al joven, sirviendo aquello para apagar su cólera. Sentía en su alma un remordimiento, algo peor que un remordimiento, una vergüenza punzante, por el arrebató de que se había hecho culpable; pero no lloró, ni cayó de rodillas ante la condesa, ni le pidió perdón con la frente apoyada en el suelo, porque una voz interior le decía que la afrenta era irreparable, permaneciendo con los ojos inclinados bajo el peso de una horrible confusión.

—No habéis adivinado todo lo que había (dijo la condesa). Es verdad que habéis visto una máscara; pero no habéis visto lo que había debajo de ella.

Y como sospechaba el suplicio que la con-

ciencia de su acción cobarde y feroz infligía á aquel corazón tan generoso por nacimiento, añadió :

—¿No es verdad que vuestra injuria era un error, y no se dirigía á mí?

Y fué á limpiar de su frente el innoble estigma del furor de Allán; pero éste la detuvo el brazo, diciendo con voz trémula :

—Dejadle aún.... dejadle.... para que la vergüenza de verle me ahogue, y expíe de esa manera el horrible crimen que he cometido....

—Eso se asemejaría demasiado á una venganza,—respondió.

Y con ademán sencillo, llevó á cabo el movimiento que el joven le había impedido efectuar momentos antes.

Hay una bondad superior á la misericordia del perdón, pero que no impide en modo alguno el arrepentimiento, y este generoso perdón no lavaba al joven de su falta.

Después, por una abnegación que sólo apreciarán las almas nobles, se alejó y le dejó solo al balcón, yendo á sentarse en la banqueta que ocupaba al principio.

Allí, entregada á su reflexión, derramó una lágrima por su impotencia, al ver que no podía hacer nada en favor del joven, ni aun fingir.

XXII.

La señora de Scudemor había vuelto á su impasibilidad; pero se hallaba atormentada por una tristeza mayor que de costumbre. Su vida y la de Allán habían entrado en el cauce, por el que corrían distintas y reunidas; pero en aquellas dos existencias, juntas una á otra sin mezclarse jamás, no había más que dos océanos amargos, sin nada que los endulzara. Desde que había fracasado, al poner en práctica su bello poema maquiavélico, la última tentativa de su piedad, inconsolable, se había resignado, si es que la inacción, al ver una realidad imposible, puede calificarse con el nombre casi religioso de resignación.

Allán la amaba con el sentimiento de todas las injusticias de que se había hecho culpable para con ella, y no creía tener el derecho de quejarse. Aceptaba, como para lavarse á sus propios ojos, la desgracia contra la que se había destrozado el corazón en su lucha. Hay